

Unidad 2

- La Vida Humana

CAPITULO I

LA VIDA HUMANA

ESQUEMA

I. Visión histórica

1. El mecanicismo
2. El vitalismo

II. Elementos constitutivos del ser vivo

1. Significado prefilosófico de la vida
2. La vida como acción inmanente autoperfeccionante
 - a) *La nutrición*
 - b) *El crecimiento*
 - c) *La reproducción*

III. El principio vital y los grados de la vida

1. Naturaleza del principio vital: la forma sustancial
2. Los grados de la vida
3. La vida psíquica
4. Caracteres de la vida psíquica en cuanto psíquica
 - a) *Intencionalidad de la vida psíquica*
 - * b) *Conciencia de la vida psíquica*

IV. Origen de la vida

1. La generación espontánea de la vida
2. La vida ha sido creada por un ser superior: Dios

Es evidente que el hombre, en su totalidad, es y permanece un *ser vivo*, y que, en cuanto tal, se halla sometido a las leyes de lo orgánico, de manera que el comportamiento del hombre depende, desde el punto de vista biológico, de la conservación de la vida: es humano mientras vive.

Si el fenómeno de la vida es un dato cierto, su significado no es tan obvio, dado que abraza una gama vastísima de seres con características muy diferentes entre sí; por ejemplo, de la flor que no habla y está quieta en un tiesto, decimos que vive; del ciervo que brama y corre por los bosques decimos que vive: ¿qué es, por tanto, la vida?

I. VISION HISTORICA: MECANICISMO Y VITALISMO

La pregunta sobre qué es la vida es tan antigua como el estudio de la naturaleza. Los estudiosos en todo tiempo se han dividido en dos categorías opuestas: mecanicistas y vitalistas.

1. *El mecanicismo*

El mecanicismo reduce el ser vivo a un agregado de substancias que actúan una sobre la otra con una compleja actividad físico-química; y dado que el mecanicismo reduce las actividades físico-químicas a acciones mecánicas (movimiento local) esta teoría, que niega la diferencia específica entre ser vivo y ser inanimado, se llama mecanicismo; el ser orgánico no sería otra cosa que una máquina más perfecta¹, reducible y divisible en sus elementos. Entre seres vivos e inorgánicos no existirían diferencias esenciales o cualitativas, sino solamente diferencias accidentales o de cantidad. El fenómeno de la vida no tendría nada de verdaderamente nuevo, con respecto al físico-químico, salvo una mayor complejidad.

Además de una cierta concepción filosófica, esta teoría está respaldada por diversos motivos que podemos sintetizar principalmente en dos: 1) la química orgánica ha conseguido fabricar sintéticamente ciertas substancias que se creía que sólo los seres vivos podrían elaborar; 2) se ha descubierto que también en los seres vivos, como en los cuerpos inorgánicos, acaecen cambios

¹R. Descartes, *Traité de l'homme*, cap. XVIII, en *Oeuvres*, a cargo de Adam y Tannery [A.T.], París, Vol. XI, pp. 119-120; *Les passions de l'âme*, art. III, A.T., vol. XL p. 329.

y transformaciones de energía; por tanto, se piensa que los futuros progresos de la química orgánica permitirán fabricar artificialmente la vida, y que las así llamadas actividades vitales no serían otra cosa que procesos físico-químicos muy complejos.

Se pueden considerar mecanicistas Demócrito y Leucipo, fundadores del materialismo atomístico; Descartes con su analogía entre organismo y máquina; los materialistas en general, que niegan cualquier diferencia esencial entre ser vivo e inorgánico por motivos diversos: prejuicios antirreligiosos, cientifismo.

2. *El vitalismo*

El vitalismo sostiene la existencia de una diferencia esencial entre ser vivo e inanimado, y admite en el ser vivo un *principio vital*. Se consideran vitalistas: Aristóteles, santo Tomás de Aquino, los escolásticos y neo-escolásticos, y algunos de los científicos más ilustres: Pasteur, Lamarck, Driesch².

II. ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL SER VIVO

El término *vida* expresa un concepto abstracto formal tomado del verbo vivir. *Vivir* es el conjunto de los actos que caracterizan a los seres vivos; lo que existe en la realidad no es la vida, sino los seres vivos que realizan los así llamados actos vitales. Distinguimos, por tanto, el nivel del ser del nivel del obrar. En el plano del ser tenemos al *ser vivo*, esto es, aquel que realiza las actividades; en el plano del obrar tenemos el *vivir*, es decir, las actividades que el ser vivo realiza. ¿Cuáles son las actividades exclusivas del ser vivo?

1. *Significado prefilosófico de la vida*

Para formamos un concepto del ser vivo partamos de una fenomenología de la vida misma y después busquemos una profundización filosófica del concepto obtenido. ¿Qué es la vida desde un punto de vista no científico? Si formulamos la pregunta en general, el sentido común del hombre responde: vive aquello

² H. Driesch, *Der Vitalismus als Geschichte und als Lehre*, Leipzig 1906.

que se mueve. Si durante una excursión a la montaña encontramos una serpiente que reptaba amenazadora delante de nosotros, decimos: ¡cuidado, una serpiente! Si después, con palos y piedras la dejamos fuera de combate, decimos: está muerta. Cuando la serpiente se movía amenazadora decíamos: está viva: cuando ya no se mueve, decimos que está muerta. Por tanto, la vida está en el movimiento y un primer concepto de vida es la capacidad de moverse.

Surge enseguida una doble dificultad; si entendemos el movimiento sólo en el sentido de movimiento local, debemos decir que la piedra que cae está viva porque se mueve de un lugar a otro, mientras la flor que está en un tiesto no vive porque está siempre allí y no se mueve; pero nada nos autoriza a restringir así el significado de «movimiento»; por otra parte, nosotros distinguimos el movimiento de la piedra y el movimiento de la serpiente: el ser vivo se mueve, la piedra no se mueve, sino que es movida. La vida está, por tanto, en el movimiento *inmanente*.

2. La vida como acción inmanente autopercionante

Profundizando filosóficamente esta primera aproximación al concepto de vida, podemos llamar ser vivo a aquel ser que es capaz de un movimiento inmanente autopercionante. El movimiento, como ya lo definió Aristóteles, no es sólo el movimiento local, sino «el acto del ente en potencia en cuanto en potencia»³. Por ser vivo entendemos entonces un ser capaz de hacerse pasar a sí mismo de la potencia al acto. *Moverse a sí mismo* significa ejercitar una acción que termina en el sujeto agente, y se llama *acción inmanente*; se contrapone a la acción transitiva que termina en un objeto distinto del sujeto agente; la acción inmanente en el ser vivo es una acción que enriquece, que perfecciona al mismo sujeto agente, y tenemos así una *acción inmanente autopercionante*⁴.

³ Aristóteles, *Phys.*, III, 1, 201a 10; *Phys.*, III, 2, 202a 8.

⁴ Se podría objetar que éste es un concepto contradictorio, porque *omne quod movetur cib alio movetur*. Este principio dice que una cosa no puede estar en movimiento y mover bajo el mismo aspecto y con respecto al mismo término, pero no impide que el mismo

Elemento constitutivo del ser vivo es, por tanto, la acción inmanente autoperfeccionante, que no es sólo una diferencia de grado de mayor o menor complejidad, sino una característica esencial, una diferencia irreductible, un salto cualitativo. El ser vivo realiza actividades inmanentes autoperfeccionantes esencialmente diversas de aquellas de los seres inorgánicos e irreductibles a ellas. Se trata de resolver el problema de si existe una diferencia esencial o cualitativa entre ser vivo y ser no-vivo. El problema se resolvería fácilmente si se pudiese conocer directamente la esencia de las cosas. Sin embargo, la esencia de los seres escapa a nuestro conocimiento inmediato. Nosotros conocemos la esencia de las cosas indirectamente, mediante el conocimiento de sus propiedades. Dado que la naturaleza o esencia de un ser es la causa por la cual ese ser tiene esas propiedades en vez de otras, el criterio para establecer una diferencia esencial entre dos seres será estudiar sus propiedades o manifestaciones esenciales. Pues los efectos están proporcionados a las causas.

Ahora bien, si todas las propiedades de un ser son *reducibles* a las propiedades de otro ser, y entre las propiedades de uno y otro hay sólo una diferencia *cuantitativa*, evidentemente, los dos seres no difieren esencialmente, sino sólo de modo accidental. Por ejemplo, el hielo, el agua y el vapor de agua, no difieren esencialmente porque las propiedades que los distinguen son entre ellas reducibles. Pero si las propiedades de un ser se revelan realmente irreductibles a las propiedades de otro ser, por lo que entre ellas no se trata de un más o un menos sino de una total diferencia y de un comportamiento nuevo, se concluye que entre los dos seres hay una diferencia cualitativa y esencial, no solamente cuantitativa; los dos seres son esencialmente diversos.

Por tanto, el problema de la naturaleza de la vida se resuelve estableciendo si existen realmente en los seres vivos *propiedades o manifestaciones irreductibles* a las físico-químicas⁵. Puesto que

sujeto esté según un aspecto en acto y según otro aspecto en potencia.

⁵ P. Grassé, *L' évolution du vivant*, Albín Michel, París 1973, p. 13: «Afirmar que los seres vivos están constituidos por los mismos elementos que componen los cuerpos inertes y que son sede de los fenómenos químicos y físicos que encontramos en estos

el problema concierne a la diferencia entre el ser orgánico (cualquiera que éste sea) y el ser inorgánico, es necesario considerar las actividades comunes a todos los seres vivos. El número de actividades inmanentes y el grado de autoperfeccionamiento, aumentan o disminuyen en la medida en que el ser vivo es más o menos perfecto; más aún, son éstas las que constituyen una mayor o menor perfección. Hay, sin embargo, un número mínimo de actividades inmanentes autoperfeccionantes que todo ser vivo, por ser tal, tiene; y éstas son: *la nutrición. el crecimiento y la reproducción*⁶.

a) *La nutrición*

La nutrición es una actividad que en los seres inorgánicos no se da ni siquiera de modo rudimentario; en éstos se puede dar yuxtaposición pero no nutrición, pues ésta consiste en un continuo cambio de materia o metabolismo vital por el cual el organismo elige sustancias químicas que le son convenientes y las convierte en sustancia propia (anabolismo o asimilación) y elimina las que no le convienen (catabolismo). La nutrición supone, es verdad, acciones transitivas, pues descompone y transforma las sustancias que tiene que asimilar, pero no consiste propiamente en estas acciones que el ser vivo ejercita sobre otras sustancias, sino en el apropiarse de la sustancia asimilada y, luego, en el conservarse, perfeccionarse y enriquecerse a sí mismo. El fenómeno de la nutrición es, por tanto, una actividad inmanente y autoperfeccionante; su novedad, con respecto a las actividades físico-químicas, no consiste en la mayor complejidad de los fenómenos físico-químicos, sino en la organización de éstos que la constituyen, precisamente, diversa y superior no solo cuantitativamente, sino cualitativa y esencialmente.

últimos es, en el fondo, algo de una inmensa banalidad y sin gran significado. ¿Cómo imaginar que los seres vivos posean otra composición desde el momento en que existe una sola y única materia multiforme? (...) Una de las diferencias radicales que oponen el fenómeno físico al fenómeno biológico se funda en la coerción absoluta del primero a obedecer las leyes de la materia. (...) Pero el ser vivo no sufre la ley física sin reaccionar. Puede en diversa medida evitarla».

⁶ Estas actividades están bien ilustradas en un libro de 1946, pero que conserva todavía pleno valor: V. Marcozzi, *La vita e l'omo*, Cea, Milán 1946, pp. 12 ss.

b) El crecimiento

El crecimiento y el desarrollo son fenómenos típicos de los seres vivos. Asumiendo la materia del ambiente circundante y reorganizándola según las estructuras propias, el ser vivo, de una sola célula inicial, llega a millones de células con un entrelazamiento extremadamente complejo de actividades. El crecimiento y el desarrollo del ser vivo no es de ninguna manera solamente cuantitativo; es una construcción no por simple ampliación o yuxtaposición de materia, sino por epigénesis o evolución interna hacia formas no presentes en el embrión, a no ser en potencia. El desarrollo manifiesta algunas características que lo diferencian esencialmente de las actividades y transformaciones del ser inorgánico, pues el desarrollo comporta una diferenciación creciente, adaptable, en estadios sucesivos e irreversibles.

La diferenciación creciente se refiere tanto a las estructuras morfológicas como a las funciones fisiológicas: así en el hombre emergen células especializadas que forman tejidos que, a su vez, se combinan en órganos diversos, y cada una de las partes asume funciones propias. Tal diferenciación lleva a una adaptación al ambiente, cada vez más autónoma: así se pasa del bebé que necesita los cuidados maternos al adulto que es autónomo.

El crecimiento del ser vivo se realiza en estadios sucesivos e irreversibles de los cuales cada uno presupone el precedente. De hecho, el ser vivo puede detenerse en su desarrollo, con riesgo de su vida, pero nunca podrá retroceder y encontrarse de nuevo en un estadio de desarrollo precedente, mientras que las actividades físico-químicas son siempre reversibles. Si tomamos como ejemplo el crecimiento de los cristales, argumento que algunos usan para rebatir el razonamiento precedente, se verá la diferencia con respecto al crecimiento del ser vivo. Por ejemplo, en los cristales puestos en el agua madre, el crecimiento se debe al hecho de que las partículas se depositan sobre las caras del cristal mismo y sin reacción química; los cristales, por tanto, crecen por aposición externa. En el ser vivo, por el contrario, el aumento acontece en el

interior del organismo. En los cristales el fenómeno es reversible: puestos en una solución no saturada, se disuelven, lo cual no sucede en los seres vivos. Por tanto, también el crecimiento y el desarrollo siguen leyes diversas y opuestas a las del ser inorgánico, y esto muestra que entre el ser orgánico y el inorgánico hay una diferencia cualitativa.

c) *La reproducción*

La reproducción consiste en la capacidad de parte de un organismo de dar origen a otros organismos. Santo Tomás define la generación como «origo alicuius viventis a principio vivente coniuncto»⁷. Todas las formas de reproducción muestran dos características: 1) la reproducción se realiza para conservar la especie; 2) el impulso a reproducirse parte del interior del organismo. Hay, por tanto, en la reproducción un doble aspecto: *finalista e inmanente*. Estos dos aspectos no se encuentran en los fenómenos del mundo inanimado semejantes a la reproducción. Por ejemplo, la formación de cristales de forma y naturaleza iguales al cristal que los origina, o la producción de una sustancia semejante a la propia por parte de algunos compuestos químicos, no es reproducción porque falta el impulso interno, es decir, el carácter inmanente; se trata en ambos casos de una reacción química reversible. En la reproducción, es verdad, el último estadio da origen a una actividad transitiva: producir otro ser diverso del agente, pero en sí misma es una acción inmanente porque el ser vivo prepara en sí mismo ciertas sustancias que después darán origen al nuevo ser. Por tanto, también la reproducción obedece a leyes diversas de aquellas del ser inorgánico y es una actividad irreductible a los solos componentes físico-químicos.

Podemos, por tanto, concluir que la vida es un fenómeno esencialmente diverso y cualitativamente superior a los fenómenos físico-químicos. En el curso de la historia ha habido numerosos

⁷ Cfr. Tomás de Aquino, *Sunmi. Theol.*, I, q. 27, a. 2.

intentos de reproducir artificialmente la vida; estos intentos, si están hechos con seriedad, son útiles al menos porque evidencian mayormente el diferente comportamiento existente entre el mundo orgánico y el inorgánico y, en segundo lugar, contribuyen a profundizar el conocimiento del aspecto físico-químico de los fenómenos vitales. Todo aspecto de la vida vegetativa y sensitiva, usando una expresión de Maritain, es «*materialmente* físico-químico, y *formalmente* vital». Bajo el aspecto material, los fenómenos de la vida sensible se desarrollan mediante reacciones químicas y físicas; pero formalmente considerados, muestran un comportamiento diverso. Las leyes que subyacen no son ya las físico-químicas, sino leyes nuevas. Este comportamiento nuevo exige, por el principio de causalidad, una explicación adecuada. El mecanicismo, reduciendo todos los fenómenos vitales a simples fenómenos físico-químicos, renuncia a una explicación racional del comportamiento nuevo y esencialmente diverso de los seres vivos y de los inanimados. El vitalismo da razón de este diverso comportamiento entre el ser orgánico y el inorgánico.

III. EL PRINCIPIO VITAL Y LOS GRADOS DE LA VIDA

Hemos visto que las actividades inmanentes hasta aquí explicadas requieren la existencia de un principio vital que les dé inteligibilidad; se ha resuelto así el problema del *an sit*, de la existencia del principio vital. Necesitamos ahora clarificar cuál es su naturaleza, el *quid sit*. Tratándose, por tanto, de un problema metafísico, no nos sorprende que algunos biólogos que aceptan la existencia del principio vital no estén de acuerdo en lo referente a su naturaleza.

1. Naturaleza del principio vital: la forma sustancial

Una definición podría ser la siguiente: el principio vital es la forma sustancial del ser vivo, superior a la del ser inanimado, llamada comúnmente *alma*, «Principio de la vida en los seres vivos -dice santo Tomás- es el alma: de hecho llamamos *animados* a los

seres vivos e *inanimados* a los privados de la vida»⁸. El principio vital no es una actividad vital como las otras, sino la forma sustancial del ser vivo y, como tal, el primer principio de toda actividad. La forma sustancial es una *sustancia*, no un accidente, porque es un constitutivo esencial del ser vivo. Una sustancia, sin embargo, *incompleta*: no es ella misma, sino más bien el principio por el cual el compuesto es (*ens quo*), destinada a unirse con la materia para formar con ella una sola sustancia completa: el compuesto vivo (*ens quod*).

El alma concebida como forma sustancial *es aquello por lo cual el cuerpo vivo es lo que es*; por lo tanto, no tiene sentido preguntarse cómo se unen el alma y el cuerpo del cual es forma, ya que si no estuviese unida al cuerpo, ella no sería lo que es, o sea, *forma de, acto de* ese cuerpo. .

Como primer principio de la vida, el alma es *acto primero* o sustancial⁹, que da el ser «simpliciter», y no *acto segundo* o accidental, que da el ser «secundum quid». A este respecto afirma Aristóteles que el acto se pone de dos modos: al modo de la ciencia o al modo de la actividad pensante. Mientras de hecho el acto de la ciencia se pone también cuando uno duerme, el acto de la actividad pensante, no; por eso la actividad pensante presupone la ciencia. La actividad pensante, por tanto, es *acto segundo* respecto a la ciencia, y la ciencia es *acto primero*. El alma es acto como es acto de la ciencia, o sea, acto primero, porque el ser vivo la tiene cuando duerme, incluso cuando no ejercita aparentemente actividades vitales.

El alma, como forma sustancial, es por lo mismo el principio primero y único de la vida, fuente última de toda actividad. Si el principio vital es único en cada ser vivo, los principios próximos de la vida son tantos cuantos son las actividades vitales que el ser vivo realiza; así, el ojo será principio próximo de la visión, etc. El alma es el principio vital, pero como se dan actividades vitales tan profundamente diversas. nos parece apropiado distinguir tres

⁸ Tomás de Aquino, *Simún. Theol.*, I, q. 75, a. í.

⁹ Aristóteles, *De Anima*, II, 1,412a 27-28: « ».

principales tipos de alma: vegetativa, sensitiva e intelectual. Ellos dan origen a los tres grandes tipos de seres vivos. Trazamos esta división según el criterio de la autonomía del ser vivo¹⁰.

2. Los grados de la vida

Hay tantos grados de vida como modos en los que la operación inmanente depende del ser vivo:

- a) la operación depende sólo en lo que se refiere a la ejecución;
- b) la operación depende tanto en lo que se refiere a la ejecución como a la forma;
- c) la operación depende en lo que se refiere a la ejecución, a la forma y al fin;

Por tanto, tres son los grados de la vida.

El ser vivo, como hemos dicho, es el ser capaz de un movimiento inmanente autoperfeccionante. Y en el movimiento se pueden considerar tres elementos: el *fin* por el cual uno se mueve, la *forma* o la esencia en virtud de la cual obra, y la *ejecución* del movimiento. En virtud de estos tres elementos que definen el modo cómo la operación inmanente depende del ser vivo, se distinguen tres grados de vida: la vida vegetativa, la vida sensitiva y la vida intelectual. En la vida vegetativa la operación depende del ser vivo sólo en cuanto a la ejecución; en la vida sensitiva depende tanto en cuanto a la ejecución como en cuanto a la forma; y en la vida intelectual depende en cuanto a la ejecución, a la forma y al fin.

Llamamos vegetativo al ser vivo que tiene en sí sólo la ejecución del movimiento, mientras que el fin por el que opera y la forma en virtud de la cual opera se los dan otros. Así, una planta asimila, crece... para un fin que no ha escogido y actúa en una forma que no se ha procurado por sí misma, sino que le vienen concedidos por la naturaleza. En cambio el animal, o sea, el ser vivo que tiene un cierto conocimiento, no escoge por sí mismo su fin (por ejemplo, se dirige a su presa movido por el instinto), pero actúa en virtud de una forma: la de la

¹⁹ Tomás de Aquino, *Summ. Theol.*, q. 18, a. 3.

cosa conocida (debe percibir de algún modo la presa para poder tender a ella); es decir, en virtud de una forma que se ha procurado por sí con otra actividad, la actividad cognoscitiva. Por último, el ser vivo intelectual, el hombre, lleva en sí no sólo la ejecución y la forma, sino también el fin, en cuanto opera por un fin que se ha escogido libremente. La característica del ser vivo en general es, por tanto, la actividad inmanente autoperfeccionante; la característica del ser vivo sensitivo es el conocimiento sensible; y la característica del ser vivo intelectual es la libertad fundada sobre el conocimiento intelectual. Hemos descrito así los tres reinos de los seres vivos.

3. *La vida psíquica*

Esta división de los seres vivos en tres grados nos lleva a otra distinción posterior dentro de ella: la de los seres provistos de *vida fisiológica* -como las plantas- y la de los seres que, además de la fisiológica, poseen un cierto grado de *vida psíquica* -como los animales y el hombre-. La vida puramente fisiológica es la vida vegetativa. La vida psíquica tiene dos niveles: uno inferior dependiente intrínsecamente del organismo, que es la vida sensitiva (cognoscitiva y apetitiva), y otro superior, intrínsecamente independiente del organismo, que es la vida intelectual (cognoscitiva y volitiva). Los dos niveles producen en el sujeto unos estados sentimentales o afectivos que constituyen la vida sentimental o afectiva, tanto inferior como superior.

Explicadas las características de la vida vegetativa, las podemos resumir así:

a) *La unidad*: ya que quien vive no son propiamente las partes, sino el todo por obra de sus partes.

b) *La inmanencia*: dado que el principio y el término están y permanecen en el mismo sujeto.

c) *La finalidad*: porque todas las actividades están ordenadas a un fin que es la conservación del individuo y de la especie.

La vida psíquica, *en cuanto vida*, goza también de estas caracte-

rísticas porque hay una continua adquisición, asimilación y producción de conocimientos y tendencias ordenadas a la perfección y conservación del sujeto. Pero la vida psíquica *en cuanto psíquica* tiene características propias que no se encuentran de hecho en la vida fisiológica. Electivamente, en toda la vida psíquica tiene siempre lugar, por una parte, una experiencia gracias a la cual el sujeto se da cuenta de algún modo de estar en vida, es decir, de la propia actividad vital; y por otra, al mismo tiempo, se da cuenta de que por ella conoce un objeto o se orienta hacia lo que ha conocido precedentemente, todo lo cual determina en el sujeto los estados sentimentales o afectivos. Así, la actividad psíquica se divide en dos grandes grupos: la actividad psíquica cognoscitiva y la actividad psíquica tendencial. A estas actividades va siempre unido el aspecto sentimental o afectivo de la vida psíquica.

En la actividad cognoscitiva el objeto se presenta al sujeto que lo conoce. En la actividad tendencial el sujeto va hacia el objeto presentado al conocimiento. Por último, el aspecto sentimental o afectivo es aquel aspecto puramente subjetivo que consiste en la impresión agradable o desagradable que se produce en el sujeto que conoce o apetece. En el conocimiento y en la tendencia existe siempre una relación entre el objeto y el sujeto; en el sentimiento no existe relación alguna con el objeto, sino que es sólo un modo de ser del conocimiento o de la tendencia.

4. Caracteres de la vida psíquica en cuanto psíquica

En la vida psíquica en cuanto psíquica hay siempre tres elementos distintos: el sujeto, el objeto y la actividad. Cualquiera que sea el hecho psíquico que se trate de calificar, en él siempre encontraremos el sujeto, el objeto y la actividad por la cual el sujeto se hace consciente del objeto y éste se presenta «intencionalmente» al sujeto.

a) Intencionalidad de la vida psíquica

La intencionalidad de la vida psíquica consiste en la referencia al objeto como algo distinto del sujeto. Toda forma y todo elemento de

la vida psíquica (impresión sensible, percepción, imagen, concepto, juicio, volición, tendencia...) es lo que es por su referencia al objeto. Cuando se prescindie de la relación al objeto, no se pueden considerar actividades de la vida psíquica. Se podrán considerar como algo que sucede en mí y que la ciencia física puede describir, pero sin la referencia al objeto no pertenecen a la vida psíquica. La intencionalidad consiste, por tanto, en esta relación entre el sujeto y el objeto; relación que es esencial para la actividad propia de la vida psíquica. De hecho, es imposible conocer si no existe quien conozca y si no hay un objeto conocido; es imposible apetecer si no hay quien apetezca y si no existe el objeto apetecible. En conclusión, en la vida psíquica la intencionalidad está siempre presente.

He aquí algunos ejemplos entre los más conocidos. En este momento me estoy dando perfectamente cuenta de los caracteres tipográficos de la página que estoy leyendo, del rumor que viene de la calle a perturbar mi atención, de la resistencia que ofrece a mis brazos la mesa en que me apoyo. Estos son también objetos que aparecen en mi actividad psíquica suscitada por las impresiones producidas sobre mis sentidos externos: vista, oído y tacto.

Del mismo modo, yo puedo replegarme sobre mí mismo y darme cuenta de que estoy estudiando; puedo darme cuenta de la necesidad que tengo de estudiar, del fin al que tiendo con el estudio y hacia el cual se orienta mi actividad. Éstos son también objetos internos o externos a mí mismo que se presentan a mi mente por medio del pensamiento, de la reflexión o del deseo. Podrá darse el caso de que yo reflexione sobre mí mismo o sobre mi actividad psíquica. En tal caso el sujeto que reflexiona y el objeto de la reflexión son en realidad idénticos. Pero en la percepción de su identidad, yo los veo de algún modo como dos extremos de esa identidad, que son el yo-sujeto y el yo-objeto de mi reflexión.

b) Conciencia de la vida psíquica

Si la intencionalidad es la relación entre el sujeto y un objeto, puede definirse la conciencia como la relación entre la actividad psíquica y el sujeto, considerando la actividad, sea en sí misma o subjetivamente, sea en su aspecto objetivo. La conciencia consiste en la propie-

dad gracias a la cual el sujeto se da cuenta de la propia actividad y de cuanto ella le presenta en el plano psíquico en forma de objeto distinto de ella.

El elemento característico de la actividad psíquica es su interioridad e inmanencia en el sujeto que la ejerce y la recibe. El sujeto, por tanto, es de alguna forma impresionado por tal actividad. Varias actividades de la vida vegetativa son también interiores e inmanentes, por ejemplo, la nutrición; pero el sujeto no experimenta tal actividad, no se da cuenta de ella, a no ser *a posteriori*. Por el contrario, la experiencia que acompaña la actividad psíquica en el sujeto es de tal forma interna e inmanente que no puede ser conocida inmediatamente más que por el sujeto mismo.

Se comprenderán mejor estos conceptos con un ejemplo práctico. Considerando el caso analizado a propósito de la intencionalidad, vemos que los caracteres tipográficos de la página, el ruido de la calle y la resistencia de la mesa se me presentan como datos indudables, como algo exterior y antecedente a la actividad de mis sentidos externos: vista, oído y tacto. Lo que veo, oigo y toco puede ser visto, oído y tocado por todos los que pongan la misma atención que yo pongo. Por el contrario, las operaciones psíquicas que yo ejercito al aprehender estos objetos son esencialmente inmanentes a mí mismo, parten de mí, están en mí, y son tan internas a mí mismo que ninguno puede observarlas dentro de mí, sino indirectamente a través de los efectos externos. Nadie sabría nada de ellas si no las manifestase yo mismo.

Cualquier operación psíquica, sea que se oriente a objetos internos, sea que se oriente a objetos externos, es siempre interna al sujeto que la realiza y es inseparable de este carácter de subjetividad que le es propio. Es por tanto propia de todos los actos psíquicos, como tales, la relación con un sujeto que de algún modo se los atribuya, siendo su causa y su portador.

IV. ORIGEN DE LA VIDA

El problema del origen de la vida¹¹ es difícil porque «la evidencia empírica de lo que sucedió, hace mucho tiempo que ha desaparecido»¹². Los geólogos, reconstruyendo a grandes líneas la historia de la tierra, han demostrado que en la era Azoica no se encontraba ningún rastro de vida. En el período inmediatamente sucesivo aparecen los seres vivos más antiguos como las bacterias unicelulares, y después, de modo imprevisto casi todos los «tipos» de organismos inferiores. La ausencia de vida en la era Azoica se prueba por la constatación de que en aquellos períodos lejanos la vida sobre la tierra era imposible. Cualquiera que sea la teoría que se acepte sobre los orígenes de nuestro planeta, es necesario admitir que la corteza terrestre fue un tiempo incandescente, y tal estado de incandescencia es incompatible con cualquier forma de vida. La vida sobre la tierra, por tanto, hubo un tiempo en que no existía; después aparece de modo imprevisto; surge, por tanto, el problema del origen: ¿de dónde viene la vida? Las respuestas posibles se pueden resumir en dos: 1) la vida viene por generación espontánea; 2) la vida ha sido creada por un ser superior: Dios.

1. La generación espontánea de la vida

Según esta solución, la vida tiene su origen en la transformación espontánea de la materia inorgánica en materia vivo. Sostenida ya por los filósofos antiguos, esta teoría se afirmó al inicio de la época moderna conquistando a muchos científicos. Pero los experimentos de Francesco Redi (1688), Lazzaro Spallanzani (1748) y Louis Pasteur (1861) demostraron que no se da generación espontánea de gusanos, insectos, bacterias. Redi observó que las moscas no surgen directamente de la carne en putrefacción, sino de los huevos depositados por ellas en la carne. Spallanzani extendió los experimentos a los infusorios, por lo cual el principio «*omne vivum e vivo*» llegó a ser fundamental en las ciencias biológicas. Pasteur mató todas las bacterias de una sustancia orgánica

¹¹ Una exposición chira y amplia se encuentra en el libro de Vittorio Marcozzi, *La vita e l'uomo*, cap. VI «Origini della vita», pp. 127-138.

¹² I\{Crick, *¿Ha muerto el vitalismo?*, Bosch, Barcelona, 1979, p. 34.

esterilizándola; la conservó impidiendo que nuevas bacterias llegasen a tener contacto con ella. Si las bacterias hubiesen tenido origen por generación espontánea, después de algún tiempo, aquella sustancia orgánica debía haber producido otras bacterias. Pero no fue así: la sustancia se mantuvo incorrupta durante todo el tiempo que se impidió el acceso de las bacterias.

Desde el punto de vista filosófico la generación espontánea sostenida por los filósofos antiguos, dado su insuficiente conocimiento científico, no contradice el vitalismo que ellos mismos sostenían, o sea, la superioridad específica del ser vivo sobre el inorgánico, ni el principio de causalidad (el efecto no puede ser otológicamente superior a la causa). Esto se debía a la creencia de que el nuevo ser vivo era resultado de la acción conjunta de los seres corpóreos y de los astros que los antiguos, erróneamente, consideraban como cuerpos incorruptibles, de naturaleza superior a los seres terrestres y animados por una inteligencia. Así podían explicar que de la acción de uno de estos seres superiores sobre cuerpos inorgánicos surgiesen nuevos seres vivos inferiores, sin necesidad de procreadores de la misma especie.

2. La vida ha sido creada por un ser superior: Dios

No es raro escuchar que la hipótesis creacionista es anticientífica e implica un acto de fe. Pero esto no me parece verdadero. La fe es un acto de adhesión del intelecto a una verdad que en sí se escapa a nuestra inteligencia, pero que aceptamos por la autoridad de aquel que nos la propone. La ciencia puede ser empírica o especulativa (filosofía). Evidentemente, la hipótesis creacionista no entra en el ámbito de las ciencias experimentales, pero sí en el de las ciencias filosóficas. La solución creacionista no niega que la vida pueda surgir del ser inanimado, pero niega que dependa sólo de la combinación de eventos y fuerzas físico-químicas, ya que cada efecto debe tener una causa proporcionada, y ésta, para el ser vivo, no se encuentra sólo en el orden físico-químico. Es necesario por eso buscarla en un principio superior que determina y dirige los elementos físico-químicos en el finalismo de los seres vivos. Es necesario admitir este principio superior para dar inteligibilidad al ser vivo.

La necesidad de una causa superior como explicación adecuada para comprender el surgir de la vida de la materia inorgánica es una exigencia absoluta de la ley general de la causalidad, pero por este motivo es una condición que trasciende el campo de las leyes experimentales y se coloca en el campo metafísico del ser en cuanto tal y de la causalidad absolutamente considerada. De hecho, todas las corrientes filosóficas que no quieren refugiarse en la pura irracionalidad han buscado, basadas en sus principios, determinar esta causalidad total y adecuada. Por el contrario las filosofías materialistas, sean mecanicistas, dinámicas o dialécticas, consideran que la causa adecuada reside en la materia misma, en cuanto que el simple acumularse cuantitativo y la creciente complejidad estructural sería la razón no sólo necesaria, sino también suficiente de la vida. Tal posición, sin embargo, no puede sostenerse. De hecho, las formas de materialismo mecanicista niegan el punto de partida: la esencial superioridad del ser vivo respecto del inorgánico; aunque con un grado de mayor complejidad, la vida sería reducida a pura y simple combinación de fuerzas físicas y químicas. Por otra parte, las formas de materialismo dinámico y dialéctico, que reconocen esta superioridad esencial y por tanto la necesidad de un salto ontológico para superar, no una pura diferencia cuantitativa y cualitativa, sino un grado de perfección sustancial, contradicen abiertamente la exigencia más radical de la causalidad, admitiendo que lo que es esencialmente inferior y más imperfecto puede ser la causa exclusiva, total y adecuada de lo que es esencialmente superior y más perfecto.

Resulta, por tanto, necesario el recurrir a una causa que supere esencialmente en perfección el conjunto de las causas puramente físicas y químicas, pero que al mismo tiempo opere íntimamente en la naturaleza a través de las mismas fuerzas naturales del mundo físico-químico. La filosofía antigua y medieval asignaba esta causalidad superior a los astros o, más aún, a las sustancias espirituales que en su concepción movían los cielos. Venidas a menos las teorías científicas sobre las cuales se basaba tal concepción, no queda más que recurrir al Creador

mismo de la naturaleza. Sin embargo, la acción divina postulada para hacer inteligible el paso de la materia inorgánica a la materia viviente se puede concebir de dos modos distintos: se puede admitir tanto una creación inmediata como una creación «mediata» por disposición y combinación finalizada *de* la materia inorgánica. En el segundo caso la acción divina no hace más que mover el dinamismo intrínseco del mundo físico y químico hacia el término inscrito en la naturaleza misma de las cosas. En este sentido, la virtualidad atribuida a los elementos físicos y químicos no implica la presencia de la vida en la materia inanimada. De hecho, la capacidad activa de producir la vida no correspondería integralmente a ningún elemento físico-químico aislado, y ni siquiera separadamente a alguna estructura inferior a la del ser vivo ínfimo, sino sólo a todo el complejo de sustancias y de estructuras, bajo la moción divina que asegura la adecuación causal.

De tal modo, bajo la acción de los agentes externos, la virtualidad interna de la materia crece progresivamente, acercándose siempre más a la disposición y organización requerida para el surgir de la vida, hasta que en un cierto momento, siempre bajo la acción de los agentes externos y de la moción divina universal que asegura la adecuación causal, alcanza el punto crítico en que salta la chispa de la vida; en otras palabras, la nueva forma sustancial específica de la vida sale de la materia, suficientemente organizada y próximamente dispuesta.

En esta transformación progresiva de la materia pueden entrar ciertamente factores puramente casuales, o sea, el encuentro fortuito y preterintencional de series causales independientes y de elementos físico- químicos diversos; pero inmediatamente entran también en juego factores específicos determinados y tendenciales -las fuerzas físico-químicas elementales- que por su misma naturaleza están ordenadas a producir determinados compuestos, al inicio inorgánicos y posteriormente orgánicos siempre más complejos, con una finalidad real.

Esta visión sintética de los factores evolutivos se armoniza

plenamente con la visión teleológica de la filosofía, según la cual Dios ordinariamente opera en el mundo a través de las causas naturales, sin alterar sus características y su curso natural, moviendo cada causa particular según su propia naturaleza. El impulso y la providencia de Dios no eliminan el azar y la contingencia, más bien se sirven de aquello que respecto a las causas naturales es puramente fortuito y preterintencional para la realización de un designio universal¹³. Factores casuales y naturales son así movidos y ordenados a la consecución de un fin y a la producción de un efecto que es superior a la naturaleza de ellos mismos, pero que se realiza también por estos mismos factores bajo la moción divina y según los planes supremos que la providencia divina ha inscrito en la misma naturaleza creada.

¹³En este sentido santo Tomás afirma repetidamente que Dios con su movimiento y providencia no elimina la contingencia y el azar en el mundo, sino que más bien se sirve de cuanto respecto a las causas naturales es puramente fortuito